



Ignacio Martínez de Pisón

Castillos de fuego





Seix Barral Biblioteca Breve

Ignacio Martínez de Pisón
Castillos de fuego

© Ignacio Martínez de Pisón, 2023
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2023
ISBN: 978-84-322-4168-0
Depósito legal: B. 415-2023
Composición: La Nueva Edimac, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

LIBRO PRIMERO

NOVIEMBRE DE 1939 A JUNIO DE 1940

Hacía casi tres horas que había caído la noche. A ambos lados de la carretera, las hogueras señalaban la ruta desde las lomas cercanas. En las cunetas se apiñaban los vecinos de la comarca. Llevaban esperando desde primeras horas de la tarde. Para combatir el frío daban unas pisadas sin moverse del sitio y bajo sus suelas se oía el crujido de la escarcha, cri-cri. Quienes se habían provisto de cirios y hachones los encendieron al ver aparecer a los motoristas que abrían camino al cortejo. Algunos se santiguaron. Otros hincaron la rodilla en la tierra. Una mujer lanzó un lamento desgarrador. Alguien trató de consolarla:

—¡Ánimo!

Eran cuatro los motoristas. Llegaron a la curva de la destilería y se detuvieron a esperar, cruzados en mitad del pavimento. De lo alto del silo colgaba una pancarta con la efigie de José Antonio y la palabra PRESENTE en letras muy grandes. La había puesto al mediodía un grupito de flechas, que ahora, medio dormidos y muertos de frío, se arracimaban en torno a una hoguera. Un jefecillo de Falange los espabiló a gritos:

—¡Vamos, vamos! ¡Ya están aquí!

Los chicos corrieron a formar delante del único muro que quedaba en pie del almacén. El servicio de orden, in-

tegrado exclusivamente por falangistas, ocupaba el borde de la carretera. Valentín, en segunda fila, alargó el cuello. Creyendo que era buen sitio, se había situado en un apartadero de ganado. Ahora comprendía que se había equivocado. Desde allí no vería llegar al cortejo hasta que lo tuviera justo delante. Echó a andar en dirección a las primeras casas. Subidas a un murete de piedra que marcaba el lindero entre dos campos había unas niñas de expresión afligida. Se puso junto a un grupo de campesinos que apretaban la boina entre las manos. Los motoristas, entretanto, habían vuelto a adelantarse. Pasaron unos minutos y, por fin, se hizo visible el indeciso resplandor de los faroles. Unos sacerdotes con casullas blancas acompañaban la cruz alzada que encabezaba el séquito. Todos, a su paso, contuvieron el aliento conmovidos. Luego, de forma casi unánime, levantaron el brazo para recibir el féretro, que venía una veintena de metros por detrás. Estaba colocado sobre dos largas andas y cubierto por una bandera de Falange. Cargaban con él dieciséis jóvenes que desafiaban el frío con sus camisas desabrochadas y sus mangas recogidas hasta el antebrazo. Valentín observó el paso de los portadores, de movimientos cortos pero rápidos, las rodillas apenas flexionadas, las suelas pegadas al terreno como si lo estuvieran midiendo. En el silencio de la noche se distinguía perfectamente el sonido agitado de sus respiraciones. El jefe de ruta, también con la camisa arremangada, caminaba en paralelo diciendo a media voz:

—Izquierda, derecha, izquierda, derecha...

Se oyó entonces una breve serie de sollozos que desembocó en un agudo chillido. Las niñas del murete, dominadas por la emoción, lloraban a lágrima viva. Las madres, sin ocultar su satisfacción, acudieron a consolarlas mientras los jefes de centuria que seguían al féretro las observaban com-

prensivos. Detrás de ellos avanzaban los hombres que debían efectuar el relevo. Una escuadra de jóvenes con faroles y otra con los fusiles apuntando hacia abajo, a la funerals, los separaban del siguiente grupo, uno de los más numerosos del cortejo. Valentín buscó con la mirada a Revilla, que no podía andar muy lejos. Lo reconoció por sus andares levemente bamboleantes, los hombros caídos, la cabeza gacha. Como había órdenes de respetar en todo momento un riguroso silencio, solo se atrevió a susurrar su nombre:

—¡Don Matías...!

El hombre, que acababa de llevarse un pañuelo a la boca, le saludó con la mano libre. Valentín se unió a la marcha y fue poco a poco abriéndose camino para llegar hasta él.

—¿Qué tal anda tu madre?

—Sigue muy desanimada, don Matías. Comprenderá usted que...

Les interrumpió el estruendo de las salvas de ordenanza. Las campanas de la iglesia empezaron a doblar a muerto. Alguien desde la cabeza del cortejo dio la orden de mantener las distancias.

—Galapagar —murmuró Revilla, deteniéndose.

El centro del pueblo quedaba a la derecha, detrás de una línea de viviendas modestas con emparrados en la entrada. De algún lugar llegaban vaharadas de olor a granja. Revilla aprovechó la pausa para examinar el pañuelo, sucio de sangre.

—Avitaminosis —dijo—. Tengo las encías podridas.

—Lo siento mucho.

—¡Bah!

—¿Alguna novedad sobre el estanco?

El otro se las arregló para elevar el tono sin subir la voz:

—¿Cómo tengo que decírtelo? Hay miles de viudas con más merecimientos.

Valentín agitó la cabeza, pesaroso, y Revilla remachó:

—Miles no; ¡millones!

Reemprendieron la marcha con lentitud, pero enseguida volvieron a parar. Los sacerdotes rezaban un responso ante una cruz de flores. Un centenar de metros más adelante se había erigido un inmenso arco del que pendían grandes colgaduras con crespones negros y la fórmula de ritual: ¡JOSÉ ANTONIO, PRESENTE! A un lado del arco, un coro de la Sección Femenina entonó un salmo: *De profundis clamavi ad te, Domine; Domine, exaudi vocem meam...* Al otro lado aguardaban las autoridades locales, que tenían previsto sumarse al cortejo y llegar hasta El Escorial. Revilla se inclinó hacia Valentín y señaló con la cabeza a un anciano harapiento que caminaba detrás de ellos.

—¿Ves a ese? Viene desde Albacete. Una semana sin parar de andar y alimentándose solo de pan y agua. Dijo que tenía una promesa que cumplir.

A partir del arco, la cuesta se hacía más empinada. El siguiente relevo debía realizarse en una glorieta rodeada de cruces y banderas. En ese tramo, cientos de obreros de la Central Nacional Sindicalista hacían guardia con marcial apostura. Estaban agrupados por oficios, y al frente de cada sección un niño enarbolaba un banderín con el dibujo de la herramienta característica. Esa parte del trayecto estaba iluminada por el fuego de multitud de antorchas, que se reflejaba en los rostros impasibles. Olía a madera quemada, a incienso y, sorprendentemente, a pan. Una salva aislada anunció el relevo. Era una ceremonia cargada de solemnidad. Los miembros de las respectivas centurias la habían ensayado hasta la extenuación.

—¡Alto!

La comitiva frenó en seco. El jefe saliente levantó el brazo. El nuevo jefe de ruta devolvió el saludo y dio la orden a sus hombres, que avanzaron hacia el féretro y las andas hasta ponerse en paralelo. Permanecieron así, con la mirada al frente, hasta que los portadores a los que debían sustituir les hicieron entrega de sus armas, que desde la salida de Alicante habían ido pasando de retén en retén.

—¡Relebad!

Se procedió al intercambio de posiciones. Luego, mientras unos formaban fuera de la glorietta en actitud de homenaje y respeto, los otros, concentrados y firmes, esperaban órdenes. Todos esos jóvenes eran conscientes de estar participando en un momento irrepetible, histórico, y sus evoluciones eran seguidas por los asistentes con una atención fervorosa. Tras una breve serie de salvas, llegaron las nuevas órdenes:

—¡Alzad el féretro!

Hubo entonces una pausa larguísima en la que solo se oyó el rumor de la brisa. El jefe volvió a gritar:

—¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha...!

Los portadores reiniciaron la marcha y, con ellos, el resto de la comitiva, cada vez más numerosa: las patrullas motorizadas y las escoltas de uniforme, la cohorte de religiosos, las autoridades, los camaradas, la caravana de camiones y vehículos auxiliares. Cerraba el cortejo una variopinta multitud que se había ido sumando a su paso por Madrid. Al llegar al repecho de un pequeño puente, Valentín se volvió a mirar a esa oscura masa de gente. Eran hombres y mujeres de toda edad y condición. Se diría que no existía un solo español que no quisiera estar en ese momento allí, acompañando los restos del gran líder hasta la que debía ser su morada definitiva. Revilla sacó de

nuevo el pañuelo y buscó una esquina que no estuviera manchada.

—¿Quiere el mío, don Matías?

—Dame, hijo.

Se enjugó ceremoniosamente la sangre de las comisuras. Tras examinar el resultado con gesto aprobatorio, le devolvió el pañuelo haciendo algún remilgo.

—¿Se ha fijado en las iniciales bordadas? —dijo Valentín—. Son las de mi padre.

—¡Qué buen hombre fue! Si no hubiera sido por... —Aquí Revilla bajó la voz—. Te recuerdo que tenía carné de la UGT. Y tú... ¡de las juventudes comunistas!

—Nos cogió la guerra en el lado equivocado. Eso fue todo.

—Bueno, no volvamos a hablar de eso.

—¿Pero nos va a ayudar o no, don Matías?

—¿Fuiste a ver al comisario?

—Le di una lista completa de nombres y direcciones.

—Tendrás que hacer algo más. Esa gente no puede estar en la calle como si tal cosa.

—Yo ya dije que haría todo lo que estuviera en mi mano.

—¿A cuántos han detenido gracias a ti?

—No sabría decirle...

—Te lo digo yo: a ninguno. —Y, para que no hubiera dudas, silabeó—: Nin-gu-no.

Un poco más adelante, en el cruce con la carretera de Colmenarejo, esperaban varios automóviles con los faros encendidos. Uno de ellos era el de Ramón Serrano Suñer, cuñado del Caudillo y ministro de la Gobernación, pero, sobre todo, amigo íntimo del fundador de Falange, que poco antes de ser fusilado le había nombrado su albacea. No tardó en propagarse la noticia de su presencia, y una

oleada de respeto y devoción agitó a la multitud. Flanqueado por dos edecanes, pasó a solo un par de metros de distancia de Valentín, que, al igual que los demás, contuvo el aliento y lo siguió con la mirada. Vestía con sobriedad (gorra de plato con la banda de gala y el escudo nacional, abrigo largo de doble botonadura, botines de invierno) y mantenía la cabeza gacha y los ojos entornados. La suya era la expresión viva del dolor, que en él se percibía como algo superior: un dolor más profundo, más intenso, más noble que el de cualquier otro. Tras mostrar sus respetos al féretro con una prolongada inclinación de cabeza y rechazar con humildad el lugar de privilegio que le ofrecía la escuadra de fusileros, se situó entre los jefes de centuria como un camarada más. Revilla acercó su cabeza a la de Valentín para decir:

—Fue el último en despedir a Fernando, el hermano de José Antonio, cuando lo asesinaron los rojos en la Modelo. ¡Menuda carnicería! Él iba a ser el siguiente y se salvó por los pelos. Cada vez que lo veo, me parece que es un hombre llegado del otro mundo: un resucitado, alguien que ha estado muy cerca de Dios... Hasta que logró escapar estuvo siempre más cerca de ser asesinado que de seguir con vida. ¿No leíste lo que escribió este verano en el *ABC*?

Valentín frunció los labios y el otro, medio en broma, medio en serio, murmuró:

—Me pregunto si no andarías tú por allí, con esa gentuza...

—¡Le juro que no, don Matías!

Eran ya más de las doce y faltaban aún unas cuantas horas para llegar al monasterio. De allí en adelante, las cuestras cada vez más pronunciadas no les iban a conceder ningún descanso. Pasados los momentos de mayor densidad emocional, lo que quedaba era el frío y el can-

sancio, que ascendían desde las puntas de los dedos y atezaban músculos y articulaciones. En la oscuridad de la noche, el fuego de las antorchas teñía de naranja las nubes de aliento que colgaban de los labios. Hubo un nuevo relevo al cabo de diez kilómetros, en pleno campo. La ceremonia era siempre la misma: las salvas de ordenanza, el saludo de rigor, la entrega de las armas, el intercambio de posiciones. Un centenar de metros más allá esperaban los coches oficiales, que les habían adelantado por el camino de los sembrados. Serrano Suñer abandonó la marcha con la misma discreción con que se había incorporado. Revilla soltó un bufido casi inaudible. Luego buscó con la vista al anciano de los harapos, que clavaba en el negro cielo unos ojos de místico.

—Ese sí —dijo—, ese sí que está cerca de Dios.

De golpe, su humor se había vuelto sombrío. Un capellán que caminaba junto a ellos empezó un paternóster, que los otros acompañaron de forma maquinal. Con sus andares inseguros y sus espaldas encorvadas, parecían un ejército de sonámbulos. Revilla esperó a que los bisbiseos concluyeran para inclinarse otra vez hacia Valentín.

—¿Te he dicho que una vez viajé con él?

—¿Con José Antonio?

—Con Serrano Suñer. Fue a principios del treinta y seis, antes de las elecciones. Me pidieron que fuera con mi coche a buscarlo a Alcalá. Míralo ahora: ministro, jefe supremo de Falange... Entonces yo era ya falangista. Él todavía no.

En su voz había una mezcla de sorna y orgullo. Valentín escrutó su rostro con disimulo: ¿eso era una sonrisa? Por si acaso, se mantuvo en silencio. Pasaron varios minutos y Revilla, como siguiendo el hilo de un único pensamiento, volvió a hablar:

—¿Sabes qué te digo? Que cuando estemos a punto de llegar, yo me encargaré de que te sitúes por delante. Conviene que te vean. Que tu cara les resulte familiar. Que sepan quién eres. Si todo consiste en ser un aprovechado y un oportunista... —Dejó la frase a medias y, al cabo de unos segundos, agregó—: ¿O no?

Le hicieron esperar en la antesala. De las paredes colgaban, ordenados cronológicamente, los retratos de los sucesivos rectores. Los más antiguos de esos retratos habían sido pintados setenta u ochenta años atrás. No era la primera vez que Basilio estaba en esa antesala y, ahora que lo pensaba, siempre se había sentado en el mismo sitio, en ese mismo banco de madera oscura, el primero del lado izquierdo. Todo le resultaba al mismo tiempo extraño y familiar. Se levantó y dio unos pasos. Aunque caminaba con sigilo, le pareció que el suelo de madera crujía estrepitosamente bajo sus zapatos. Se detuvo a observar los retratos más recientes. Esos cuadros siempre habían estado allí. ¿Qué había cambiado desde la última vez? Sí, siempre habían estado allí pero en otra disposición, sin tanto espacio entre ellos. Lo entendió todo de golpe. Faltaban varios rectores, todos del periodo republicano. Hizo memoria: Cabrera, Giral, Sánchez-Albornoz, Fernando de los Ríos, Gaos... Descubrir que de un plumazo habían borrado diez años de historia de la universidad le provocó una intensa congoja.

—¡Morgado!

Era Ballesteros, que le hablaba desde la puerta del despacho. Basilio sintió una punzada de vergüenza, como quien es sorprendido en una situación indecorosa, y carraspeó un titubeante buenas tardes. Ballesteros pasó junto a él terminando de abotonarse la gabardina.

—Tengo una reunión con los decanos. Me temo que no voy a poder recibirte.

—Será solo un minuto...

—Si vienes por lo de tu expediente, sabes que no depende de mí.

Hablaba con un tono de cordialidad y resignación. Basilio, caminando a su lado, apeló a su amistad de juventud: ¿qué tal Loreto?, ¿y los niños?, ¡hechos unos hombrecitos, seguro! El otro, a su vez, se interesó por su hija: Gloria, ¿verdad? El intercambio de cortesías concluyó cuando el bedel les abrió la puerta y llegaron a las escaleras. Ballesteros le dio una palmadita en el brazo, en una actitud que Basilio consideró fraternal, e intentó nuevamente despachar el asunto:

—Está todo en manos de la comisión, que cuando termine su trabajo trasladará sus conclusiones a la junta técnica.

—Me preguntaba si no habría alguna manera de... De acelerar el proceso, ya me entiendes. Es lógico que quiera saber...

—Tú ya hiciste lo que tenías que hacer, ¿no? Declaraste tu lealtad a España, te pusiste al servicio de las autoridades, contestaste a todas las preguntas... Pues entonces solo te queda lo más sencillo: esperar. Las cosas de palacio van despacio, ya sabes. Una vez que se ha abierto el expediente depurador, se solicitan informes sobre la conducta pública y privada, se comprueban los antecedentes políticos, se formula un pliego de cargos...

—¿Un pliego de cargos? —La voz de Basilio tembló—. ¿Cómo que un pliego de cargos? Eso será cuando haya algo que no esté en regla. Y en mi caso... Tú sabes que nunca me he metido en política. Si es por eso...

Ballesteros se puso los guantes y bajó el primer escalón.

—Hablo en general.

Basilio, consciente de estar gastando el último cartucho, hizo ademán de seguirle.

—Comprende mi inquietud —dijo—. A nadie le gusta que le quiten la plaza y luego...

—Dejemos las cosas claras. —El otro, aunque severo, le habló con dulzura—. A ti no te han quitado ninguna plaza. Tú, sencillamente, no tenías plaza. Ni tú ni nadie. ¿O es que crees que seguimos viviendo en la República? Son otros tiempos, Morgado. Nuevos tiempos. Espero no tener que recordarte que todo el personal docente fue separado del servicio y tuvo que solicitar su depuración. Todo el personal docente, desde el catedrático insigne hasta el profesor primerizo... Yo lo hice. Todos lo hicimos. Tú también, claro. ¿Por qué tendrías que ser la excepción?

—¿Y crees que es normal que aún no...?

—¡Por supuesto que es normal!

—O sea que no significa nada.

—¿Qué tendría que significar? Hay muchos que están igual que tú. No te preocupes. No hay motivo. Y ahora me voy, que me están esperando.

Bajó los escalones de dos en dos. Basilio empezó a decir:

—Me quitas un peso de... —Pero, al ver que el otro no le oía, lo dejó a medias.

Salió a la calle San Bernardo y echó a andar hacia los bulevares. A esas horas los escaparates estaban ya iluminados, lo que le transmitió una tranquilizadora sensación de orden: al fin y al cabo, las cosas funcionaban. Al llegar a su casa, en Cardenal Cisneros, estaba de un humor excelente. Salió su hija a recibirle.

—¿Qué tal ha ido? ¿Qué te ha dicho el vicerrector?

—Que no me preocupe. Que no hay motivo.

La chica lo abrazó y soltó un suspiro de alivio. Basilio trató de alargar el momento:

—Literalmente: este retraso es normal, no significa nada, están todos como tú.

—¡Menos mal!

—Dice Juan Manuel que no puede hacer nada. ¿Qué va a decir? Pero yo sé que sí puede. Y que por mí hará todo lo que esté en su mano. Si está donde está, es gracias a mí. Yo formé parte de su tribunal y le defendí a muerte frente al otro candidato. Él lo sabe. Esas cosas no se olvidan.

Gloria fue a su cuarto a buscar sus libros y cuadernos. Él, mientras colgaba del perchero del recibidor el abrigo y el sombrero, echó un vistazo a la hornacina con el Sagrado Corazón.

—¿Qué hace esto aquí? —dijo para sí.

Era un Cristo tallado en madera, con un cajoncito en la base para los donativos. Lo llevó al salón y lo colocó en el centro de la mesa, convertida así en una especie de altar. Cuando su hija se asomó a la puerta, se sintió obligado a decir:

—No quiero que piensen que...

No quería que nadie pensara que una imagen como esa no era tratada con el debido respeto, o que tenían prisa por desembarazarse de ella, o que... Gloria asintió con la cabeza. En los últimos meses, sus vidas se habían llenado de sobrentendidos y frases incompletas.

—Bueno, yo me voy.

Justo en ese momento llamaron al timbre. Eran las voluntarias de Acción Católica, que venían precisamente a llevarse la hornacina. Basilio las acogió con una efusividad algo estudiada y, al tiempo que les indicaba el salón, lanzaba a su hija una mirada de súplica: espera un minu-

to, por favor. Sin soltar los libros, Gloria siguió a las tres mujeres. La que más hablaba era doña Eulalia, una anciana reseca, huesuda, que estaba empeñada en captar a Basilio para la Adoración Nocturna. Los miembros de la Adoración se reunían por la noche para orar ante el Santísimo Sacramento.

—¿Ahora, con este frío? —dijo Basilio, que ya había agotado el catálogo de evasivas.

—Por Nuestro Señor todo sacrificio es pequeño, ¿no cree?

—En eso le doy la razón.

—Comulgamos bajo las dos especies y luego nos turnamos durante la madrugada para hacer vela. ¡No sabe usted qué gozo espiritual, qué sensación de plenitud...!

Gloria se decidió a interrumpir:

—Tendrán que disculparme. Llego tarde a clase.

—¿Clase? ¿De qué?

—De inglés.

—Ah —dijo doña Eulalia con aspereza.

La chica echó a correr escaleras abajo y, tal como imaginaba, vio a Eloy en la esquina de la mercería. Nunca quedaban para ir juntos. Si hasta un par de semanas antes se limitaba a hacerse el encontradizo, ahora la esperaba todas las tardes en el mismo sitio. Podía ser que fuera demasiado atrevimiento por su parte, pero a ella no le disgustaba.

—He traído paraguas por si llueve —dijo él a modo de saludo.

La academia estaba en la calle Españolito, en un entresuelo que olía a cocido porque era también la vivienda de sus propietarias y únicas profesoras, las hermanas Linares. Tenía solo dos aulas, que eran en realidad las dos mitades del antiguo salón, separadas por una puerta co-

rredera. Esta, muy fina, poco más que un panel, no impedía el paso del sonido, de forma que en el aula de inglés se oían perfectamente las lecciones de francés y viceversa.

—*May we come in?* —preguntó Gloria desde el pasillo.

Mientras ocupaban sus sitios (Gloria delante, Eloy al fondo, junto al balcón), Rosalía aprovechó para sacarse el pañuelo de la bocamanga y secarse la humedad de la nariz. Luego repartió unos folios con el membrete ACADEMIA LINARES y leyó con voz cantarina:

—*It was the best of times, it was the worst of times, it was the age of wisdom...*

Recurría siempre a Dickens para elegir los textos de los dictados porque eso le daba pie para hablar del Londres de su infancia, no tan distinto, según ella, del que había recreado el escritor en sus novelas. Con el pelo ondulado a la moda de años atrás y la ropa algo gastada, Rosalía y Conchita Linares, hijas y nietas de diplomáticos, eran la viva imagen de cierta burguesía venida a menos y no desperdiciaban ninguna oportunidad de evocar su juventud privilegiada y cosmopolita.

—... *it was the age of foolishness, it was the epoch of belief, it was the epoch of incredulity...*

Después del dictado repasaron los verbos irregulares y el genitivo sajón. La hora pasó casi sin que se dieran cuenta. Los otros alumnos recogieron sus cosas y desfilaron hacia la salida. Eloy sacó de su cartera un objeto envuelto en papel de periódico.

—Recién llegada del pueblo.

—Ahora vengo —dijo Rosalía, encaminándose hacia la cocina.

El chico pagaba las clases con miel que le mandaban unos parientes. Cada semana entregaba un tarro nuevo y

se llevaba vacío el de la semana anterior. Cuando reapareció Rosalía, los estudiantes de francés se estaban ya despidiendo. Eloy esperó unos segundos e hizo un gesto hacia el cuarto de estar.

—¿Pasamos?

—Si es para escuchar inglés... —dijo Rosalía.

—La BBC —asintió él con picardía.

La radio, una Bertran de cantos redondeados y frontis de baquelita, estaba en un mueble auxiliar al lado de la mesa camilla. Giró con determinación la ruedecilla del dial y una melodiosa voz masculina saludó desde algún lugar del éter: estación de Londres de la BBC...

—Voy a acabar pensando que solo venís para esto —protestó Conchita, que había agarrado un atizador largo y torcido y había empezado a rascar las cenizas de la caldera—. ¡Mientras no vayáis a nadie con el cuento!

El servicio para España de la BBC constituía su principal fuente de información sobre la guerra europea. La prensa nacional, que no hacía sino celebrar el imparable avance de las tropas alemanas y la debilidad militar de los aliados, no les inspiraba ninguna confianza. Esa misma noche, por ejemplo, la BBC dio una noticia que en España se había silenciado: el ataque de la aviación británica sobre una isla llamada...

—¿Heligoland? —repitió Gloria.

—Voy a buscar el atlas —dijo Rosalía.

Era un islote perdido en el mar del Norte, cerca ya de Dinamarca. Como para subrayar su pequeñez, Gloria lo señaló con el meñique y soltó una risita.

—Ellos sabrán por qué lo hacen —dijo Eloy—. Algún motivo habrá. Tendrá un valor estratégico. O estará llena de submarinos. ¡El día que los ingleses consigan acabar con los submarinos alemanes tendrán media guerra ganada!

—A ver si te aclaras —replicó la chica—. No puedes desear al mismo tiempo que gane Stalin y que pierda Hitler. ¿Aún no te has enterado de que son aliados?

Conchita, con expresión de apuro, se llevó un dedo a los labios. El simple hecho de que alguien expresara simpatías por el comunismo la llenaba de pavor.

—Estamos en confianza —la tranquilizó su hermana.

Metieron un poco de leña en la caldera. Debido a la escasez, los periódicos no solían tener más de cuatro páginas, así que para prender el fuego había que aprovechar hasta el papel que envolvía el tarro de miel.

—Acabaremos quemando libros para no morirnos de frío —murmuró Conchita, echando las primeras paletadas de carbón.

Concluido el parte informativo, sonó la sintonía habitual, una versión de la marcha *Lillibullero* de Henry Purcell.

—¿Te acuerdas, Rosalía?

Las dos mujeres se cogieron de la mano y canturrearon los primeros versos: *I, a tender young maid, have been courted by many. Of all sorts and trades as ever was any...*

—¡Qué tiempos! —exclamó Conchita, melancólica.

Luego, como quien borra las huellas de un delito, se apresuró a buscar Radio Nacional en el dial. Se oyó un mensaje que, tomado de un famoso discurso de Franco, difundían a todas horas:

—«... Españoles, alerta. España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior o del exterior, perpetuamente fiel a sus caídos...»

Eloy, que de tanto oírlo se lo había acabado aprendiendo, ahuecó ridículamente la voz:

—«... España, con el favor de Dios, sigue en marcha, una, grande, libre, hacia su irrenunciable destino. ¡Arriba España! ¡Viva España!»

Gloria soltó una risita pero ninguna de las dos hermanas la secundó.

—¡Qué tiempos! —exclamó ahora Rosalía y, dando la velada por concluida, añadió—: No te olvides del paraguas, Eloy.

El cine estaba en Bravo Murillo, pasado Cuatro Caminos. Era uno de esos edificios con forma de barco que se habían puesto de moda a comienzos de la década. Este, además, tenía una pequeña torre acristalada que recordaba un faro. Gloria se detuvo bajo la marquesina a mirar el cartel de la película. Una mujer de aire contrito, una carabela alejándose hacia el horizonte y el título: *La golondrina cautiva*. Desde la taquilla, Alicia saludó con la mano.

—Alemana —dijo Gloria con fastidio—. ¿De qué va?

—De amores imposibles. Una mujer que va a la cárcel para que no vaya su amado...

—No, más dramas no, por favor. ¡Bastantes dramas tiene la vida!

—¿A mí qué me cuentas? Si quieres, entras. Si no, no.

Además de vecinas, eran buenas amigas, y no se andaban con melindres. Gloria tamborileó con los dedos contra el cristal. Llevaba las uñas largas pero algo descuidadas. Su repiqueteo evocaba el galope de un caballo.

—¿Hay gente? —dijo.

—Es martes. ¿Cómo quieres que haya?

Sin esperar respuesta, Alicia se incorporó en su asiento e hizo una señal a Guillermo, el portero. Gloria iba siempre entre semana y a la última sesión, porque era cuando su amiga la podía colar sin problemas. También porque entonces Alicia no quedaba con ningún pretendiente y volvían las dos a casa dando un paseo. A mitad de pelícu-

la, con la taquilla ya cerrada y la caja hecha, Alicia se sentaba a su lado y conversaban en voz baja.

—¿Qué tal?

Gloria soltó un bufido que quería decir: ni fu ni fa.

—La de la semana que viene sí que es americana. Y comedia, como a ti te gustan. Se llama *Al servicio de las damas*. Con esa actriz tan guapa, la que se casó hace poco con Clark Gable...

—¿Carole Lombard?

En la pantalla, las presas, encadenadas a sus respectivos camastros, trataban de conciliar el sueño en el tétrico dormitorio colectivo. Las dos chicas se desentendieron de la película.

—¿Y tu padre? ¿No tenía una reunión importante?

—Ayer. Con el vicerrector. Que no se preocupe. Que no hay nada contra él.

—Pues ya está, ¿no?

—No sé, no sé... Siguen sin devolverle las llaves del despacho y sus cursos los da otro profesor.

—A un tío mío de Burgos lo echaron de la Escuela Normal. Y le prohibieron ejercer en toda España. Tuvo que volverse al pueblo a recoger patatas.

—¡Alicia, hija! ¿Así pretendes animarme?

Cuando acabó la sesión, el público, cumpliendo la ley, se puso de pie y mantuvo el brazo en alto hasta que sonó la última nota del *Cara al sol*. Guillermo, ya en ropa de calle, esperaba en el vestíbulo a que salieran los últimos espectadores para cerrar las puertas y apagar las luces. Las dos chicas echaron a andar por Bravo Murillo, que por esa parte estaba completamente a oscuras. A ambos lados de la calzada, entre pequeñas fábricas y bloques de pisos que la guerra había dejado a medio hacer, se adivinaban descampados llenos de basura y escombros. Algo

más abajo, delante de un convento abandonado que solía ser punto de encuentro de los estraperlistas, estaba el solar en el que se iba a construir el nuevo mercado. Entre los escasos postes de electricidad había unos cables tendidos de los que pendían unos faroles solitarios. Al pasar bajo uno de ellos, que casi ni iluminaba, Alicia se soltó del brazo de su amiga, improvisó unos pasos de claqué y giró varias veces sobre sí misma.

—¿Quién soy? —preguntó.

—¿Eleanor Powell?

—¿No te encantó?

Se referían a la película de la semana anterior, *La melodía de Broadway 1938*, que había tardado varios meses en llegar desde los cines de la Gran Vía a los cines de barrio como el Tetuán.

—¡Qué guapo es Robert Taylor! —exclamó Alicia—. Eso es lo que quiero yo: un Robert Taylor de aquí, enterito para mí. Seguro que estará por algún lado. ¿Dónde se habrá metido? Ya ves: por las mañanas, taquigrafía y mecanografía; y el resto del día, vendiendo entradas... Así, ¿cómo lo voy a encontrar? Pero no pido tanto. El primero que me diga algo bonito, me largo con él.

—¿Qué fue de aquel que te mandaba flores?

—¿Patricio? ¿El de la relojería? Tú sabías que estaba divorciado, ¿verdad? Pues ahora dicen que los divorcios no valen.

—¿O sea que sigue casado con su antigua mujer? ¿Y qué tiene que hacer? ¿Volver con ella, que a lo mejor le odia?

—Ni lo sé ni me importa. —Alicia adoptó un tono de complicidad—. ¿Y tú? ¿Ese chico?

—¿Qué chico?

—No te hagas la tonta. Ya sabes tú qué chico. El cojito. El que te espera todas las tardes delante de la mercería.

Gloria hizo ademán de abofetearla y dijo:

—¡No le llames cojito!

Se despidieron ante el portal de Alicia. El de Gloria era el siguiente. Nada más entrar en el piso, oyó la respiración poderosa de su padre, que se había quedado dormido en la mecedora con la manta por las rodillas. Sobre su regazo, con el lapicero a modo de marcapáginas, descansaba un libro titulado *La vida de los insectos*. La chica lo cogió y lo abrió por la última página leída, en la que había unas líneas subrayadas.

—«Esta admirable metamorfosis de la porquería debe ejecutarse en el más breve plazo; la salubridad general lo exige...» —leyó.

Basilio parpadeó varias veces.

—Te parecerá ridículo pero las costumbres del escarabajo sagrado son apasionantes. —Soltó un hondo suspiro—. ¿Qué hora es?

—¿Por qué no lees acostado? —Gloria le reconvinó con dulzura—. Estarías más cómodo. ¡Y con este frío...!

—¿Qué película has ido a ver?

—Hala, a dormir. Ahora mismo te preparo la bolsa de agua. ¿Quieres que te caliente las sábanas con la plancha?

El hombre se levantó despacio y acarició la mejilla de su hija.

El más alto de los edificios que se mantenían en pie era el Hospital Clínico. Las cargas de mortero habían arrancado de cuajo la fachada más cercana a la línea de fuego, pero la estructura, de hormigón armado, aguantaba. Las pilastras de uno de los pabellones habían cedido y los suelos se habían doblado hasta montarse unos sobre otros, como persianas venecianas a medio cerrar. Daba la sen-

sación de que una simple patada bastaría para hacerlo caer. Una montaña de cascotes cegaba el acceso a la planta baja. Balbino se encaramó a lo más alto y, haciendo bocina con las manos, gritó:

—¡Eco, eco, eco...!

—No seas burro —dijo Eloy, asomándose a un parapeto de sacos terreros—. ¿Cómo va a haber eco aquí?

Una viga cruzada en el parapeto descendía como un tobogán hacia un boquete abierto en el cemento. Eloy extendió los brazos y la recorrió a pasitos cortos, como un funambulista. Cuando llegó al extremo, se agachó a mirar: el alcantarillado pasaba por ahí abajo. Balbino, tres años más joven, le seguía como un corderito.

—¿Qué buscas?

—Mira cómo te has puesto.

El chico se sacudió la culera del pantalón. Eloy levantó la vista hacia los pabellones y señaló los huecos de las ventanas, que parecían bocas desencajadas y ojos desorbitados.

—¿Qué ves ahí? ¿No ves caras? ¿No ves personas? Tienen la boca muy abierta porque están gritando. Nos están gritando: ¡no quereemos moriir!, ¡no quereemos moriir! Y allí arriba, ¿no ves ojos? Son las cuencas vacías de las calaveras. ¡Los muertos de la guerra! Aquí ha muerto mucha gente.

Unos bloques caídos al otro lado del boquete formaban una irregular escalera que no conducía a ningún sitio. Eloy subió hasta arriba y miró a su alrededor.

—En este lado estaban los fascistas. Y en ese... —Señaló las ruinas de las facultades—. En ese estaban los nuestros.

—¿Los rojos?

—Eso es. Los rojos.

—Mi padre dice que...

—¡Tu padre puede decir misa!

De repente, dio un salto y desapareció en un terraplén. Cuando Balbino se acercó a mirar, no se le veía por ninguna parte.

—¡Eloy!

Un camino entre los cúmulos de escombros señalaba hacia el Asilo de Santa Cristina, que había quedado reducido a ruinas. Algunos trozos de fachada se sostenían apoyados en puntales de madera. Otros se sostenían solo porque sí, sin nada detrás, como decorados de teatro. Por todas partes había pintadas e inscripciones. Las había de los dos bandos, superpuestas. Las más antiguas (VIVA RUSIA, NO PASARÁN, COLUMNA DURRUTI) todavía resultaban legibles debajo de las más recientes: ARRIBA ESPAÑA, VIVA FRANCO, ROJOS MARICONES. Aquel muro había formado parte de la iglesia. Unos metros más allá, los restos del campanario cortaban el camino. Balbino retrocedió hasta un lugar en el que había habido una puerta y probó a avanzar por el otro lado. Al subir al pretil, el pantalón se le enganchó en una alambrada. Se detuvo a mirarse: tenía sangre en el muslo. En medio de aquel paisaje de desolación, le entraron ganas de llorar. Se escupió en la palma de la mano y limpió como pudo la herida, que había empezado a escocerle. Caminó solo un poco más y vio a su amigo agachado detrás de un montón de ladrillos.

—¡No me has esperado!

Eloy, por señas, le mandó callar. Un camión del ejército acababa de detenerse a unos doscientos metros de allí, entre una antigua zona de trincheras y una hilera de árboles escuálidos que habían sobrevivido milagrosamente a los bombardeos. Bajaron tres soldados y apartaron la lona del remolque. Balbino se acuclilló al lado de Eloy.

—¿Por qué nos escondemos?

—¿No has visto los carteles?

Se refería a los carteles de PROHIBIDO EL PASO - PELIGRO DE EXPLOSIONES. Añadió:

—Pero no seas gallina.

—¡No soy gallina!

Los soldados empezaron a descargar sacos de escombros y a vaciarlos dentro de las trincheras entre sucias nubes de polvo. Uno de ellos orinó contra un árbol. Otro le lanzó una piedra. Les llegaron retazos de risas mezcladas con voces incomprensibles. El tercer soldado recogía los sacos vacíos y los devolvía al camión. Cuando ya no quedaba ninguno, se sentaron en el estribo a fumar. Pasados unos minutos, subieron al camión, que maniobró para salir en dirección a Aravaca. Eloy estiró las piernas para desentumecerlas y señaló una boca de alcantarilla con la tapa partida limpiamente en dos.

—Voy a bajar.

Apartó los dos trozos de tapa y observó la cadena de escalones de forja, que se perdían en la oscuridad del fondo. Tras comprobar la resistencia del primer escalón, se deslizó con cautela en el interior del pozo. Balbino asomó la cabeza y achinó los ojos. Eloy bajaba poco a poco, sin mover un pie antes de tener el otro bien apoyado. A esa hora de la mañana la luz caía de forma oblicua, así que la figura de su amigo no tardó en confundirse con las sombras. Contuvo Balbino la respiración, tratando de distinguir algún sonido. Pasaron varios minutos antes de que volviera a notar algún movimiento allá abajo. Por fin, vio subir a Eloy. Lo hacía con la misma lentitud y la misma prudencia con que había bajado. Llevaba un macuto colgado en bandolera. Sacó medio cuerpo fuera de la superficie y apoyó la carga en el borde de la alcantarilla.